

LA HISTORIA NO HA PRESENCIADO LA MATANZA DE MILES DE MILLONES DE HOMBRES, SINO LA DE UN HOMBRE, MILES DE MILLONES DE VECES

PABLO FERRARA *

I

Poco a poco sintió llegar el cantar de los pájaros, a la vez que abría con lentitud sus ojos. Esa mañana hacía más frío que de costumbre y la pequeña habitación lo retenía con excepcional tristeza.

Se levantó de la cama de paja para acercarse a la ventana. Con cierto interés, casi curiosidad, se asomó por entre los barrotes y miró a cada lado. Jugó con la vista hasta que por fin se detuvo; con una sonrisa en su rostro recorrió la silueta de madera, de arriba hacia abajo, de izquierda a derecha; recorrió cada una de sus hojas, cada una de sus ramas, sus imperfecciones y sus visitantes. Y entonces recordó cómo había sido uno de ellos. Fijó su memoria en las tardes que acompañado por los jóvenes había caminado los senderos de Atenas hasta llegar a su sombra, bajo la cual habían permitido que las ideas los guiaran sin otro rumbo más que la verdad. Pensaba en eso cuando lo interrumpió el sonido de la puerta, que al abrirse lo condujo por las sombras hasta la sala de los magistrados.

Allí estuvo un rato antes de que éstos arribaran, ataviados con sus togas de ocasión y un inusual y apacible semblante. Le informaron que luego de tantos días de reclusión y de proceso, había llegado el momento de dictar la sentencia. Él asintió, y cuando le preguntaron si se retractaba de sus dichos y de sus acciones y si aceptaba la clemencia que se le ofrecía, él contestó que no. Entonces, los magistrados, apenados por lo que oían, le ofrecieron su última voluntad. A esto sí accedió y con voz firme habló de su inminente destino. Sus palabras fluyeron una tras otra en perfecta armonía y mientras él hablaba, la tranquilidad de sus rostros tornó en desdicha y en inseguridad. Mas cuando hubo terminado su discurso, ordenaron traer la copa.

Atravesó un mar de lágrimas para llegar, con ella en su mano, hasta la escalinata de la sala. Subió unos escalones y se dio vuelta. Miró a todos una última vez y con serenidad la llevó a su boca. Al final, el veneno no le impidió percibir con lo último de sus fuerzas el perfume de los olivos, que transportado por la helada brisa golpeó su rostro antes de caer.

* Abogado de la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires.

II

Se despertó conmocionado por el sueño, pero sin entenderlo por completo. Hacía tan sólo unos pocos días que lo habían apresado. Todo había sido muy rápido, demasiado tal vez. Había estado dando vueltas por la plaza y después de haber meditado acerca de ello, había decidido robar la manzana. Su falta de experiencia lo delató, ya que al tomarla golpeó sin querer el mimbre que las sostenía, dando por el piso con la canasta entera. Y, entonces, en lugar de quedarse quieto y pedir disculpas por tropezarse, corrió impulsivamente, lo que determinó su aprisionamiento y condena.

Se le levantó un instante antes de que el legionario entrara y a punta de piluh lo condujera hasta el pretor. Al llegar se encontró con otros dos condenados, que como él no recibirían ninguna indulgencia por su delito. Uno de ellos era realmente extraño. Ni las heridas de traslado, ni la corona de espinas que le colocaron después, le doblaron el rostro y en ningún momento perdió el aura de tranquilidad que emitía y que parecía invadirlo a él también.

Les trajeron las cruces y las colocaron sobre sus hombros. Con paso espaciado y lento atravesaron la sala, recorrieron los pasillos y salieron al camino, donde una multitud mezclaba los gritos de piedad y de condena.

Caminaron por el largo sendero hasta llegar a la colina. Dejaron las cruces en el suelo y se acercaron. Entonces, su compañero de condena se le acercó y con palabras de tranquilidad lo preparó para afrontar su muerte.

Los golpes fueron secos y eficaces. Una a una fueron clavadas sus extremidades. Sus manos, primero, y luego sus pies. El dolor creció y creció, hasta desaparecer, por último, disuelto entre los gritos de angustia que los rodeaban. La sangre manó con furia de sus heridas, mientras que sus fuerzas flaqueaban con lentitud. Finalmente, y después de algunas horas, sus miembros se adormecieron y su cabeza, emitiendo un tenue suspiro, se dejó caer.

III

No supo si fue la patada en las costillas o el cantar del gallo, pero el día lo recibió con un sobresalto. Al levantar la cabeza vio una figura enmarcada en cota de mallá y yelmo, indicándole que la hora del combate había llegado.

Los había reclutado en tabernas y caminos para representar una batalla en un torneo. Como retribución podrían cazar una semana en los bosques. Era más de lo que podía pedir.

Los condujeron hasta la armería y les entregaron una espada. Al adentrarse en el campo de batalla pudo ver que eran miles los que, como él, arriesgarían su vida por unos días de alimento. Y, entonces, recibieron las instrucciones. Debían combatir hasta la quinta trompeta, que significaría el final de la contien-

da. Hasta entonces, su vida no valdría nada. Todos asintieron y se aprestaron a correr, lo que ocurrió cuando sonó la señal.

Dejó que se le adelantaran algunos para no ser el primero en golpear. Del otro lado, las fuerzas contrarias se acercaban con violencia. Adelante iban los reclutados, empujados en cierto modo por los infantes y finalmente la caballería. Al poco tiempo y sin darse cuenta realmente, se encontró rodeado de golpes y cuerpos. Tuvo que esquivar varias veces la caída de los mandobles y el embate de las lanzas, hasta que por fin, realmente atemorizado, decidió retirarse.

Cuando se encontraba a unos metros fuera del núcleo de batalla, un caballero logró verlo en retirada y decretó, en nombre de la justicia, que debía morir por cobardía. Sólo pudo sentir unos pocos pasos del caballo, porque unos instantes después, la lanza lo atravesó a la altura del pecho, separándolo por completo al levantarlo.

IV

Entró en la sala de reuniones y se sentó en su banca. Aún no sabía cuál era el orden del día, pero por lo que había ocurrido en las últimas semanas, sería la decapitación de alguien. Era lo único que había interesado a los jacobinos desde la muerte del rey. Por su parte, los ánimos no se encontraban lo suficientemente calmados como para afrontar una verdadera reestructuración del gobierno. Primero había que sacar lo que no servía, y sólo luego ordenar.

Con qué sorpresa recibió entonces, después de varias horas de sesión, la noticia de su culpabilidad por conjuración contra el orden de la nación, y su inminente eliminación. Se paró y gritó su inocencia, pero su voz se perdió entre la de los demás conjurados. Los soldados se le acercaron y lo tomaron por detrás. Lo sacaron de la sala y lo condujeron por el pasillo hasta la puerta. Allí se detuvieron un instante para dejar que la enorme cantidad de personas agolpada en la plaza pudiera ver quién había intentado perjudicarla ese día y por lo tanto debía ser eliminada.

Recibió algunos tomates y otras frutas podridas. Le arrojaron excremento y salivazos; insultaron su pasado, a su familia y descendencia. Por último, lo golpearon. Así comenzó su corto camino al cadalso.

Una vez allí, el contacto con el verdugo lo trajo violentamente a la realidad y lo hizo tomar conciencia de la situación en la que se encontraba. Miró con rapidez a ambos lados y comenzó a forcejear para soltarse. Sin embargo, no pudo, porque los soldados lo tenían muy bien sujeto. Entonces, ya resignado, optó por enfrentar su destino.

El verdugo vació la canasta con acostumbramiento y lo condujo hasta dejarlo frente a la guillotina. El hedor de la sangre era convulsionante y disputaba por destacarse con el aroma de la fruta podrida. Alrededor y bajo el armazón de madera, las moscas pululaban, e incluso se podía ver a algunos marginados es-

perando que rodaran las cabezas para juntarlas, preparar con ellas un caldo y aplacar un poco el hambre de años. Por fin sintió el empujón y con un leve forcejeo le colocaron la cabeza entre los maderos, que fueron bajados hasta aprisionarlo por completo. Le preguntaron si quería hacer una última declaración, pero su pánico, como el de la mayoría, le impidió contestar, así que la ejecución continuó. El encapuchado se acercó a la cuerda, levantada con anterioridad, y sin más tiró de ella.

Durante un segundo pudo pensar y lo que le vino a la mente le pareció gracioso. Recordó la imagen de un libro que había visto en la casa de un amigo, que se traba de un griego cuyo nombre no recordaba, y de cómo la muerte le había llegado como el más injusto de los males. Pero ese pensamiento duró tan sólo un instante, porque enseguida sintió el silbido de la hoja al caer.

V

Se alegró de que el silbido de las bombas hubiese desaparecido. No sabía con exactitud cuándo, pero aun así se alegraba. Lo último que recordaba era estar corriendo rumbo a la sinagoga detrás de sus hermanas, hasta que una bomba lo dermayó. Tenía claro que la suerte lo había salvado, pero quería saber si también habría ayudado a su familia. Se levantó apenas para intentar incorporarse del todo, pero enseguida chocó con la tapa de madera. Por lo visto estaba en alguna clase de contenedor hermético, siendo transportado hacia alguna parte. Adónde, no lo sabía.

La tapa se levantó, y después de acostumbrar sus ojos en un instante, pudo distinguir varios edificios de madera, separados unos de otros por alambrados. Se preguntó con angustia dónde se encontraba y al ver la primera cara desplazó la pregunta. Sin embargo, su informante sabía tan poco como él.

Al poco tiempo lo llevaron junto a otros, que por lo visto habían sido capturados de la misma forma que él. Los condujeron, con golpes e insultos, en fila hasta una de las barracas. Allí los desvistieron, los raparon, los bañaron y los marcaron con un número. Les revisaron los dientes y los llevaron a una enorme habitación tapiada, donde esperaron junto a otros tantos.

Cuando el hambre se empezaba a hacer insostenible se abrió la puerta. Un oficial les informó que irían al comedor. Todos rieron alegres por la noticia y comenzaron a movilizarse. Antes debían bañarse, así que siguieron al oficial, custodiados por varios soldados.

Entraron en un gran edificio que, a diferencia de la mayoría, era de metal. Sobre sus cabezas había varias flores de ducha, agrupadas en hilera. La puerta se cerró detrás del último y, por alguna razón, las puertas se trabaron. Un instante después, las duchas se abrieron.

La nube lo envolvió todo, hasta que los gritos se convirtieron en la única imagen visible. Inmediatamente, tan sólo se podía escuchar el latido del corazón, mientras lentamente se alejaban los compases. Finalmente, un silencio total invadió la sala y ya nada más se pudo oír.

VI

Lo sentaron frente al vidrio. Alrededor había unas diez sillas vacías. Delante suyo la cortina se descubrió para mostrar la tranquila y apacible sala de ejecución.

En el centro había una camilla, que según le informaron podía verticalizarse para que el condenado dijera sus últimas palabras. En la pared trasera se encontraba la máquina que inyectaba el veneno. Funcionaba en cuatro fases: preparación, inicio, desarrollo y fin. Casi como un cuento. A la izquierda se encontraba el dilatador de piel y la jeringa, unida por una larga manguera de plástico a la pared. Eso era todo.

Según le dijeron, en la cárcel habían ejecutado, desde que se inaugurara a unos 376 sentenciados. No eran muchos. El problema era la lentitud del proceso, que tardaba más o menos ocho años en agotar las instancias. Si todo marchaba acéttidamente, podía tardar a lo sumo seis, no menos.

Estuvo un rato observando la sala, hasta que lo retiraron de allí. Entonces lo llevaron a la capilla, donde un sacerdote tomó su confesión y le dio la extremaunción.

Lo tuvieron en una habitación aislada por una hora aproximadamente y por fin lo llevaron a la sala. Lo acercaron a la camilla, mirando a las sillas, donde lo observaban el abogado y los padres de su víctima. Decidió no decir nada, así que lo acostaron, lo sujetaron y le colocaron la aguja, al hacerlo sintió una leve punción, que dejó lugar al frío del metal. Lo levantaron hasta dejarlo mirando a la audiencia. Entonces los dos policías que lo habían conducido allí se acercaron a la máquina y después del asentimiento del inspector a cargo, bajaron las palancas. Un ruido mecánico se accionó y poco a poco pudo sentir el líquido entrando a su cuerpo.

Fuera de la habitación, varias caras se regocijaban ante el espectáculo e incluso sonrieron cuando, después de estar un momento cerrados, los párpados del condenado se levantaron de golpe y sus ojos se abrieron definitivamente a la muerte.

EPILOGO

El inspector salió de la habitación y se dirigió directamente al patio de estacionamiento. Caminó hasta su coche y colocó la llave en la puerta. Meditó un instante antes de abrir, pero finalmente entró. Prendió el motor y aceleró con fuerza, hasta percatarse de que estaba espantando a unos pájaros que habían anidado en el patio. Como pidiendo disculpas, desaceleró, salió del estacionamiento y atravesó el portón, saludando al guardia hasta la próxima vez.